



LO PULSIONAL Y LA PALABRA

Leslie Arvelo

Universidad de Los Andes, Venezuela
Departamento de Psicología y Orientación
lesarve@cantv.net

En el presente trabajo se hará un breve acercamiento a dos constructos fundamentales dentro del andamiaje teórico del psicoanálisis, como lo son los conceptos de pulsión y de palabra. Lo esbozado aquí puede contribuir a aportar algunas luces para una comprensión de los aspectos subjetivos, psíquicos, que subyacen en el acto de leer y especialmente en lo referente al placer de leer.

Esta aproximación se realiza a partir de una mirada que concibe los procesos intelectuales, cognoscitivos, como inseparables de los de índole afectivo, emocional. Desde esta perspectiva se considera al lenguaje como un proceso psicosociocultural que rebasa las conceptualizaciones pedagógicas, cognoscitivas, lingüísticas que destacan su carácter instrumental dentro del proceso de enseñanza-aprendizaje, así como su relación con los procesos intelectuales y sus posibilidades comunicacionales.

En este sentido, se asumirá aquí una postura que plantea que el lenguaje, además de sus vínculos con lo educativo, lo cognoscitivo y lo lingüístico, tiene un papel primordial en la construcción de la psiquis humana, de la subjetividad. En esta estructuración del sujeto psicológico, lo afectivo, tanto consciente como inconsciente, tiene un lugar muy importante y, en muchos casos, determinante.

Para desarrollar la posición mencionada se procederá a delinear los conceptos de pulsión y de palabra para luego establecer relaciones entre ellos que permitan un abordaje comprensivo y, en cierta medida, explicativo, de las motivaciones conscientes e inconscientes que están implicadas en el placer de leer. Todo esto, por supuesto, sin intención de desmerecer la relevancia que tienen los factores sociales, económicos, culturales e históricos que influyen en el gusto por leer, los cuales, si bien están vinculados con lo psíquico, tienen su especificidad causal.

La pulsión

Según el *Diccionario de Psicoanálisis*, el término *pulsión* se define como “Proceso dinámico consistente en un impulso (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin” (Laplanche y Pontalis, 1977, p.337).

Por su parte, Freud (1915, 1996) considera que la pulsión es “... un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo...” (p. 2041).

De las anteriores citas se desprende que el concepto de pulsión está asociado a aquellos impulsos que, desde el interior del cuerpo (zonas erógenas como la oral, la anal-uretral, la genital, la táctil, la visual, la auditiva) mueven y dirigen a la persona hacia un fin determinado. Por otro lado, la pulsión como límite entre lo somático y lo psíquico no es un término equivalente al instinto. Freud distinguía la palabra *pulsión* con la denominación *Trieb*, que proviene de la misma raíz que el verbo alemán *treiben* ‘empujar’. Para significar ‘instinto’, Freud empleaba la palabra *Instinkt*. Lamentablemente, varios traductores importantes, entre ellos Strachey y Luis López Ballesteros y De Torres, usan indistintamente los términos pulsión e instinto.

Esta diferenciación que hace Freud de ambos conceptos es de suma relevancia, ya que coloca la pulsión no sólo del lado de lo biológico, heredado, predeterminado, sino también en el lugar de lo psíquico, indeterminado, susceptible a la influencia de lo simbólico, de lo sociocultural. Esta cualidad de la pulsión le permite una independencia del objeto y del fin. Significa esto que la pulsión, a diferencia del instinto, no tiene un objeto y destinos prefi-

gados. Esto explicaría la variabilidad de objetos y fines que se observa en las perversiones sexuales.

Para Freud, toda pulsión posee un empuje (factor de motilidad referido a la carga energética); una fuente (de origen somático ubicado en la boca, el ano, los genitales, la vista, el oído, la piel); un objeto (mediante el cual se logra el fin de la pulsión y que puede ser total, como otra persona o la misma persona, o parcial, como un órgano corporal u objeto específico); un fin (placer obtenido que puede ser oral, anal, genital, etc., o la destrucción o dominio) (Freud, 1915, 1996; Kaufmann, 1996; Lozano, 2000).

A lo largo de su obra, Freud va variando sus concepciones sobre lo pulsional, especialmente en lo concerniente al tipo de pulsiones, su carácter sexual o no, y lo relativo a sus fines. En todo caso, mantiene su definición de la pulsión como representante psíquico de lo somático, corporal, así como su concepción dualista de lo pulsional. En concordancia con lo anterior, pueden establecerse tres momentos históricos sobre la teoría pulsional de Freud. En un primer momento, el autor diferencia las pulsiones sexuales de las de autoconservación o del yo. En un segundo momento, mantiene la clasificación anterior, pero con un agregado al introducir las pulsiones narcisistas, es decir, aquellas dirigidas hacia el propio sujeto; esto como producto de sus teorizaciones a partir de “Introducción al narcisismo”, de 1914. En un tercer momento, en su obra “Más allá del principio del placer”, de 1920, establece dos tipos de pulsiones: las que tienen que ver con

la sexualidad y la conservación de la vida, que denominará “eróticas” y las que tienen que ver con la muerte y la destrucción, que llamará “tanáticas”. Las pulsiones agresivas, en esta última teorización, ya no serán parte de las pulsiones sexuales, como en su primer momento, sino de las tanáticas (Laplanche y Pontalis, 1977); Kaufmann, 1996; Arciniegas, 2000; Lozano, 2000).

A pesar de los cambios teóricos antes expuestos, Freud mantuvo su clasificación de pulsiones totales y pulsiones parciales. Las totales están dirigidas a objetos totales, es decir, a una persona como totalidad. Las parciales están direccionadas hacia objetos y fines parciales, provienen de órganos o zonas del cuerpo erotizados. Estas últimas se desarrollan fundamentalmente en la etapa preedípica (antes de la aparición del complejo de Edipo), tienden a ser más desorganizados, pudiendo organizarse secundariamente de forma más convergente y unitaria en las etapas posteriores (edípica, latencia, pubertad). Además de las pulsiones parciales orales, anal-uretrales, genitales, visuales, auditivas y táctiles, estarían aquellas que no tienen un contenido sexual, como las agresivas y las de dominación.

Como comentario final de este punto, vale decir que las pulsiones tienen que ver con el deseo y con el placer, tanto por sus contenidos sexuales como no sexuales. Para Lacan (cit. en Evans, 2003), las pulsiones son manifestaciones parciales en las cuales el deseo se realiza. El deseo tendría un carácter más total, indivisible y las pulsiones serían aspectos parciales del deseo.

Sobre la palabra

Para Lacan (cit. en Evans, 2003), palabra significa “un intercambio simbólico que vincula a los seres humanos entre sí” (p. 146 y 147); “es una invocación simbólica que crea un nuevo orden del ser en las relaciones entre los hombres” (p. 147). Lacan (cit. en Kaufmann, 1996) plantea que la palabra se diferencia del lenguaje en cuanto la primera está referida al campo de la verdad singular, mientras que el segundo cubre el campo más amplio de la ley.

El psicoanálisis le otorga un lugar privilegiado al lenguaje, a la palabra, tanto como factor fundante de la subjetividad, como por ser la palabra el medio terapéutico usado por esta corriente psicológica para la superación de los conflictos psíquicos del ser humano. Para el psicoanálisis, el sujeto humano está sumergido en un mar de palabras incluso antes de nacer. Esto es así, no sólo por la posibilidad del feto maduro de captar las palabras en el vientre (Oliver, 1995), sino también porque este ser viene marcado por el lenguaje antes de nacer, al adjudicársele un nombre que le da el nacimiento social y legal.

Desde la lingüística se señala que la palabra es un significante que posee un significado, es decir, la palabra representa un objeto o situación de la realidad. Ahora bien, este significante no está atado a un único significado sino que puede tener múltiples significados. La palabra tendrá sentido o cambiará de sentido con base en el texto donde está inmersa al combinarse con otras palabras. Este carácter polisémico de la palabra es lo que permite su conexión con el inconsciente. Freud, en sus trabajos “Psicopatología de la vida cotidiana” y “El chiste y su relación con el inconsciente”, expone que los fenómenos inconscientes como los lapsi linguae, los olvidos y las equivocaciones verbales demuestran la ligazón entre el lenguaje y los deseos inconscientes (Brodsky, 1980).

Esta cualidad de la palabra de representar a un objeto implica una escisión, un distanciamiento espacio-temporal entre el significante y el objeto. Para la escuela lacaniana, la palabra es una presencia de una ausencia. La palabra representa el objeto desaparecido, el asesinato de la cosa. Por otro lado, la palabra también es creadora, crea un mundo donde la subjetividad prevalece. La palabra separa, corta, y al distanciarse del objeto, lo desaparece, pero a la vez engendra una nueva realidad (This, 1982; Corbalan, 1980).

Para el psicoanálisis, la capacidad de simbolizar, de representar la realidad está estrechamente vinculada a lo afectivo. En esta relación tiene importancia capital la presencia-ausencia de la madre para la construcción lingüística del bebé. Lo verbal va a asociarse a la ausencia materna para el bebé, quien tendrá que simbolizar a su madre cuando ésta no está. En tal sentido, separación y lenguaje van de la mano: al grito y al llanto del niño al nacer, los que supone la primera separación de la madre, le siguen las vocalizaciones y sílabas asociadas a la presencia-ausencia de la madre o el padre. Luego, hecho no casual, aparecen las primeras palabras con sentido entre las 8 y 10 meses en el momento más crítico, denominado angustia de separación, que padece el infante en el segundo semestre de su vida.

Para Gori (1981), el lenguaje es a la vez asunción y negación de la separación. Es una manera de enfrentar la separación original y la soledad. La voz evidencia la separación, pero también puede mitigarla. Milmanie (1995) afirma que hablar o escribir significa el intento de simbolizar el corte, la pérdida original inevitable.

El lenguaje verbal, aunque permea el inconsciente, evidenciando contenidos reprimidos e irracionales, es fundamentalmente una función del yo que se inscribe dentro del orden de lo simbólico, de los procesos cognoscitivos influenciados por lo socio-cultural. De acuerdo con esto, el lenguaje es producto del proceso secundario, organizador de la psiquis, que plantea el psicoanálisis.

Lo expuesto permite percibir el gran poder de la palabra que, en términos regresivos, traduce la omnipotencia del pensamiento infantil, y en sus aspectos más maduros, expresa la contundencia del orden simbólico de la cultura humana.

Relaciones entre las pulsiones y las palabras

El lenguaje humano, más allá de las estructuras genéticas que lo posibilitan, se construye partiendo de relaciones sociales en las cuales los afectos, el deseo, las frustraciones y las prohibiciones dejan sus huellas. Es imposible concebir el lenguaje verbal aislado de la afectividad humana, pues ésta se aprovecha de aquel para manifestarse, ocultarse y negarse (Arvelo, 2005). Masotta (1977) sostiene que los fenómenos inconscientes ligados al lenguaje como los lapsi *linguae*, las equivocaciones verbales y los olvidos de palabras suponen un ocultamiento del deseo, y por lo tanto están asociados a la sexualidad.

Esta vinculación del lenguaje con el inconsciente, con la sexualidad, permite colocarlo como una expresión del inconsciente al lado de otras manifestaciones igualmente importantes como son los sueños, el juego, el dibujo, obras artísticas, los actos fallidos (*lapsus linguae*, olvidos, pequeños accidentes, torpezas, errores en la lectoescritura), los síntomas (tanto psíquicos como somáticos), en las cuales lo inconsciente tiene presencia.

Gori (1981) sostiene que, en los estadios iniciales del desarrollo infantil, el lenguaje tiene un carácter transicional. Quiere decir esto que el acto de la palabra se encuentra entre la pulsión (el cuerpo) y el código, entre el yo y el objeto, entre lo

subjetivo y lo objetivo. Según este autor, el legado del cuerpo, expresado en la palabra, permite que ésta represente una prolongación de la boca, de las heces fecales, del falo, de la mano. Milmanie (1995), por su parte, sostiene que la escritura conserva siempre su referencia corporal.

Lo dicho anteriormente lleva a visualizar la relación entre la pulsión (como representación de lo somático en lo psíquico) y el lenguaje. Como se señaló en las páginas anteriores, lo pulsional proviene energéticamente del cuerpo, de las zonas erógenas. Esto le da una corporeidad, una materialidad a la palabra como emisaria de lo pulsional. Esta relación la expone claramente Lacan (cit. en Corbalan, 1980) cuando plantea: “La palabra, es en efecto un don del lenguaje, y el lenguaje no es inmaterial”. “Es cuerpo sutil pero es cuerpo. Las palabras están atrapadas en todas las imágenes corporales que cautivan al sujeto: pueden preñar a la histérica, representar el flujo de orina de la ambición uretral, o el excremento retenido del gozo avaricioso” (p. 24). Con base en esta cita, puede afirmarse también que el cuerpo está atravesado, mediatizado, por el lenguaje, por la palabra.

Otro elemento a destacar que emparenta a las pulsiones con las palabras es la autonomía que

exhiben las unas y las otras frente a sus objetos y significados. Esto lo explicita muy bien Massota (1977) con su frase “pulsiones sin objeto, palabras sin referente” (p. 53). Quiere decir, con la última parte de la frase, que la palabra, el significante, no remite a un referente específico, es decir, a un significado en particular. Esta autonomía facilita un rico intercambio entre ambos constructos por las múltiples relaciones que pueden darse.

Queda claro con lo desarrollado aquí que la lectura, en su relación con el lenguaje escrito, con la palabra, está también sometida al influjo de lo pulsional. Por supuesto que el acto de leer va más allá de las palabras y está influenciado por diversos factores de índole sociocultural e histórico. En todo caso interesa en el presente trabajo destacar los aspectos psíquicos de la lectura y específicamente lo referido al placer de leer.

Se espera que haya quedado bien definida la relación entre el placer y la pulsión, específicamente en lo atinente a las pulsiones sexuales, eróticas. Con base en el vínculo que se ha establecido entre la pulsión y la palabra, cabe destacar cómo dos pulsiones parciales, como son la visual o escópica y la oral, pueden actuar de una manera consciente o inconsciente en la lectura silenciosa y en la lectura oral. En otros términos, además de una serie de factores familiares, educativos, sociales que influyen para que la lectura sea o no un disfrute, pueden estar de manera oculta, subyacente, motivaciones visuales y orales no conscientes. A esto pueden agregarse las características de la personalidad del lector. Hay personas con estilos perceptivos y narrativos en los que predomina lo visual. Así mismo existen personas que privilegian lo oral en la comunicación, restringiendo

lo gestual y los cambios posturales. Estos estilos perceptuales y comunicacionales pueden responder a lo pulsional incidiendo en el interés por leer.

Las pulsiones orales pueden también manifestarse en la voracidad por leer como resultado de carencias o excesos en la oralidad. Las pulsiones orales pueden ligarse con los genitales y usar la palabra como vehículo para la seducción. Caso típico de esto último son los (las) poetas que seducen con sus poemas, bien sean escritos, leídos o declamados. El placer de leer puede estar asociado a los deseos de dominación a partir del saber. Es posible que grandes lectores respondan a algunas de estas pulsiones sin saberlo, dado su carácter inconsciente. Estas pulsiones también pueden evidenciarse en los errores de la lectura oral o silenciosa, o en el acto de escribir. Tal como lo señala Bettelheim (1983), estos errores equivaldrían a los *lapsi linguae* del lenguaje verbal.

Para cerrar, es conveniente resaltar que el papel de lo afectivo en el placer por la lectura dependerá en gran medida de las experiencias de vida y la historia personal de cada individuo, que van estructurándose por la influencia de los ámbitos familiares y socioculturales. En este sentido, el gusto por leer es producto de un proceso complejo que involucra al ser humano como una totalidad. Se comparte el planteamiento de Bettelheim (1983), quien sostiene que la lectura es algo que abarca todas las estructuras de la personalidad, conscientes e inconscientes, y que permite el acceso a un mundo maravilloso, mágico, trascendente, donde el lector puede ser dueño de su destino. En todo caso, el acceso a este mundo y su disfrute siempre tendrá que ver con lo pulsional y lo simbólico.

Bibliografía

- Arciniegas Sánchez, L. (2000). La pulsión de muerte: Más allá del principio del placer. En Inconsciente y Pulsión en la obra Freudiana. *Cuadernos de Clínica*, N° 6. Facultad de Psicología. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.
- Arvelo, L. (2005). Alteraciones en el desarrollo del lenguaje y Función Paterna. En *Revista Ensayo y Error*. Nueva etapa, Año XIV, N° 29. Caracas. Universidad Simón Rodríguez.
- Bettelheim, B. y Zelam, K. (1983). *Aprender a leer*. Barcelona, España: Crítica, Grijalbo.
- Brodsky, G. (1980). ¿Quién es Lacan? En *¿Quién es Lacan?* Caracas: Libros de hoy. Diario de Caracas.
- Corbalan, L. (1980). Para una lectura de Lacan. En *¿Quién es Lacan?* Caracas: Libros de hoy. Diario de Caracas.
- Evans, D. (2003). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1915, 1996). *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gori, R. (1981). Entre grito y lenguaje: el acto de la palabra. En *Psicoanálisis y Lenguaje*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Kaufmann, P. (1996). *Elementos para una enciclopedia del psicoanálisis. El aporte freudiano*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (1977). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
- Lozano, C. (2000). La pulsión de muerte: Más allá del principio del placer. En: Inconsciente y Pulsión en la obra Freudiana. *Cuadernos de Clínica*, N° 6. Facultad de Psicología. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.
- Masotta, O. (1977). *Lecciones de introducción al Psicoanálisis*. Barcelona: Granica.
- Milmaniene, J. (1995). *El goce y la ley*. Buenos Aires: Paidós.
- Olivier, Ch. (1995). *Los hijos de Orestes o la cuestión del padre*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- This, D. (1982). *El padre: Acto de nacimiento*. Barcelona: Paidós.